

EL BARCO DE VAPOR



Felipe Jordán Jiménez

Una pollita bohemia

Ilustraciones de Alejandra Acosta



sm

EL BARCO



DE VAPOR

Una pollita bohemia

Otra fábula de gallinero

Felipe Jordán Jiménez

Ilustraciones de Alejandra Acosta

ediciones **sm**

Primera parte

TODO ERA agitación en el gallinero. Pollos, gallinas y patos no paraban de hablar del asunto que, incluso, traspasaba la alambrada y era comentario hasta de los perros. Papá Gallo estaba furioso, Mamá Gallina desconcertada y el resto de la familia no sabía a qué atenerse, ya que nunca había ocurrido algo así antes, o quizás sí, pero en un gallinero todos tienen cerebro de pollo y olvidan fácilmente algunas cosas, o por lo menos fingen olvidarlas, aun cuando no sea sencillo hacerlo. En fin, el asunto es que la rutina que tanto gusta a las temerosas gallinas, se había roto, provocando

confusión e inquietud, lo que en buen cacareo (el idioma de los pollos) significaba un gran y total desastre.

Pero, antes de continuar, hay que explicar algunas cosas importantes. Papá Gallo, como su nombre lo indica, era un gallo y, como tal, sin duda, el mejor: siempre puntual, enérgico y estridente a la hora de cantar para despertar al mundo. Y a la hora de defender el gallinero, siempre feroz, valiente e invencible. Esto era así, porque ser gallo lo llevaba en la sangre desde huevo, era su trabajo, su vocación, su razón de ser. Por otra parte, como también lo dice su nombre, este gallo era, además, papá, un buen papá, o eso creía él al menos. No es que no lo fuera en realidad, solo que para él era más fácil ser gallo que papá. Después de todo, fue gallo desde que salió del cascarón y, tuviera hijos o no, seguiría siéndolo hasta morir, por eso sabía cantar y pelear tan

bien. Pero criar hijos es algo muy distinto, primordialmente, porque nadie nace siendo papá y la única forma de aprender a serlo es... teniendo hijos, lo que lo hace muy complicado, porque no hay posibilidad de un ensayo, es decir, si se mete la pata, la embarrada que queda no se puede arreglar.

Papá Gallo ya casi había metido la pata, y hasta el fondo, con su hijo mayor y heredero de su puesto en el gallinero. Tuvo suerte, y no pasó del "casi" más que nada por la ayuda que recibió de sus amigos: el Viejo Ratón, el roedor más sabio de los alrededores, pues había vivido en una biblioteca antes de retirarse al campo, y de Papá Perro, quien había evitado que su polluelo terminara siendo la cena de cuatro pícaros gatos. Pero ese es un cuento viejo, y aunque Papá Gallo aprendió varias lecciones en esa oportunidad, esta vez estaba a punto de embarrarla de nuevo y, quizás, de peor manera.

Pero es mejor partir por el principio, y el principio fue cierto día en que Mamá Gallina vio salir del cascarón a casi toda su nueva nidada, o sea, casi una docena de polluelos más en este mundo. Casi, porque un huevito menudo y remolón permaneció intacto en el nido por dos o tres días más de lo acostumbrado. A Papá Gallo eso no le gustó para nada y menos aún cuando lo despertaron a medianoche para avisarle que del huevo aquel por fin había salido la última pollita. Se levantó de mala gana a verla, pues su experiencia le decía que todo aquello no era un buen presagio.

Sin embargo, al ver a esa tierna pollita, pequeñita y de grandes ojos negros, sus inquietudes se disiparon. Era adorable, así lo reconocieron todos los que la vieron aquella noche y los siguientes días, de modo que pronto se convirtió en la regalona del gallinero, cosa que no

le gustó mucho a su padre. Pollita, como la llamaban, no solo despertaba las simpatías por pura presencia, sino porque, además, tenía un carácter afable y una muy buena disposición para conversar con cualquiera, fuera perro, chincol o pato. Papá Gallo no tenía objeción alguna con los perros, que eran buenos amigos de las gallinas; a los chincoles los toleraba, aunque, como aves voladoras, no eran del todo de su agrado; pero los patos... los patos eran otra cosa para él. Los patos no le gustaban, eso lo tenía claro, aunque no supiera bien el porqué. Tal vez porque sus costumbres, tan ajenas a las de las gallinas, los hacía poco confiables a sus ojos, por eso los trataba con fría cortesía, manteniéndolos alejados, si no físicamente, sí socialmente al menos. Por supuesto, Papá Gallo nunca había cruzado más de dos o tres palabras con uno que otro pato en su vida y todo lo que pensaba de ellos se basaba solo en lo que veía, en las apariencias,

Pelusa 79

de modo que no podía decir que realmente los conociera. Por lo mismo, para Papá Gallo eran aves muy por debajo del nivel de una gallina, sin su recato, ni sus buenas costumbres y, sobre todo, contrarios a llevar una rutina establecida y formal en la que cada cual tenía su lugar y lo conservaba.

Un día de invierno, Papá Gallo conversaba tranquilamente con Papá Perro y el Viejo Ratón, con quien el gallo había pasado de tolerarse mutuamente a una sincera amistad y su relación había progresado de cruzar dos o tres palabras acerca del clima a largas conversaciones que duraban, a veces, tardes enteras. Papá Perro, que era amigo de todos o, más bien, todos eran amigos de él, pues los cuidaba, solía unirlos de vez en cuando, si la vigilancia se lo permitía.

Estaban los tres charlando, entonces, cuando acertó a pasar por delante

de ellos Papá Pato, con su caminar tambaleante y sacudiendo la cola. Educadamente saludó a los tres contertulios, quienes, educadamente también, le devolvieron el saludo y se quedaron viéndolo mientras se alejaba camino al estanque, donde prontamente chapoteaba contento.

—¡Brrr! —exclamó Papá Gallo crizando sus plumas—. No sé cómo alguien puede disfrutar del agua de esa manera...

—En realidad, un buen chapuzón cuando hace calor, es fenomenal —señaló Papá Perro—, pero con este frío, no sé...

—Como lo comprobó el sabio Arquímedes —terció el Viejo Ratón—, un buen baño puede ser muy beneficioso, ya sea en invierno o en verano.

—Si ese Arquime-no-sé-qué era un pato, entonces no era sabio, sino un loco —dijo algo despectivamente el gallo.

—¿Por qué dice eso, amigo gallo?
—preguntó intrigado el ratón.

—Bueno, solo hay que ver las cosas que hacen, no son las más agradables —explicó Papá Gallo con sorna—. Como eso de meterse al estanque, y esa forma de caminar como borrachos...

—Pero eso es porque la tierra no es su medio natural precisamente —replicó el roedor—. Los patos están hechos para volar y, sobre todo, para nadar. Basta con verles las patas para darse cuenta de ello.

—¿Sí...? —el gallo no se convenía tan fácilmente—. ¿Y esa inclinación por la informalidad y las fiestas?

—Hablando con franqueza, es que son harto más alegres que los pollos nada más, creo yo —intervino Papá Perro burlón.

—Para sentir alegría no es necesario que todo el barrio se entere, amigo perro —replicó Papá Gallo un tanto picado; luego agregó—: Tampoco es

necesario trasnochar, y he oído el barullo que estos locos meten hasta mucho después de que el sol se esconde.

—Esa es una costumbre que les quedó de cuando eran salvajes y migraban —explicó otra vez el ratón—. Se mantenían siempre en contacto por medio del sonido...

—Como sea, costumbre o no, son insoportables... —Papá Gallo no quiso ceder—. Muy vulgares en su aspecto y ni hablar de su conducta... Definitivamente, los patos no son los vecinos que yo hubiese querido tener... En fin, mientras no se metan conmigo... —concluyó el gallo y se alejó sin despedirse.

—Yo creo que el insoportable es otro aquí, con esa manía de cantar de madrugada... —comentó el perro, medio en serio, medio en broma.

—El amigo gallo es un buen animal, pero no suele pensar mucho antes de hablar —sentenció el roedor, meneando negativamente la cabeza.

Como se ha dicho, era obvio, entonces, que Papá Gallo no viera con buenos ojos que su hija se involucrara con los patos. Afortunadamente, ya no era tan impulsivo como en el pasado y la dejaba hacer... por el momento. Además, estaba ocupado enseñándole a su hijo y sucesor todos los gajes del oficio del gallo, con lo que ya había tenido suficientes problemas y no quería más.

Sin embargo, si hay algo malo que tiene la rutina, cualquier rutina, es que es muy frágil y la cosa más insignificante puede romperla, incluso, para siempre.

Cierta mañana, cuando el sol hacía un buen rato que ya había salido, Mamá Gallina echó de menos a Pollita en la sesión de escarbado matutino y, preocupada, la buscó y buscó, y grande fue su sorpresa cuando la encontró nada menos que durmiendo todavía. Asustada, le preguntó si se sentía mal,

pero su hija le contestó que no, que solo tenía sueño, nada más. Eso sí que no lo esperaba la buena gallina, que se quedó pasmada, turulata y boquiabierta.

—¿Co-co-cómo? —preguntó, por fin reaccionando.

—Que tengo sueño, mamita —le repitió la pollita y, como para refrendar lo que decía, dio un largo y muy poco educado bostezo.

—¡Ah, no...! ¡Esto es el co-co-colmo! —exclamó enojada Mamá Gallina—. Yo buscándola preocupada y la perla durmiendo... ¡porque tiene sueño!

Si no hubiese estado tan molesta, la gallina se habría dado cuenta de que no hay mejor razón para dormir que la de tener sueño. Pero finalmente se calmó y, después de un simple reto, la envió fuera y se olvidó del asunto.

Pero Pollita no lo dejó pasar tan fácilmente, pues no entendía por qué

su madre se había molestado tanto por algo que a ella le parecía tan natural. Todos dormían cuando tenían sueño, sin importar mucho la hora que fuera: el señor Chunchu dormía todo el día en su hueco en el entretecho de la cabbleriza, los ratones que vivían bajo la leñera se levantaban muy tarde por las mañanas, había escuchado a don Caballo roncar, de pie, ensillado y todo... Si hasta Papá Gallo dormía la siesta sobre su estaca favorita; entonces, ¿por qué ella no podía dormir un poco más en la mañana?

Pensando en eso iba, cuando se topó con Patorpe, hijo de Papá Pato y Mamá Pata, y que se había ganado la dudosa fama de ser el pato más chambón de la comarca, porque siempre metía la pata, aunque, para un pato, eso no tiene nada de raro. Los patos son expertos en meter la pata y no estamos hablando de la hembra de su especie, precisamente, sino de, como dicen en el campo, dar

dos pasos y... dejar la grande regada en el camino. Pero, con todo, Patorpe era un pato simpático y alegre, sus congéneres lo querían mucho, aunque todos se mantenían a la distancia apropiada para quedar fuera del alcance de sus grandes patas, siempre bien dispuestas a dar un inopinado pisotón.

Pollita y Patorpe se encontraron, entonces, se saludaron y caminaron juntos por ahí, conversando. A pesar de que no eran realmente amigos, esta vez conversaron más de lo acostumbrado y ella sintió la confianza como para contarle lo que había pasado con su mamá y el reto que recibió sin saber por qué.

—*Cuacquiera* se sorprendería —dijo Patorpe—, es muy extraño que un pollo siga durmiendo después de que el sol salió.

—¿Por qué? Si tengo sueño, duermo... ¿tú no? —replicó Pollita con toda naturalidad.

—Sí, si estoy solo, pero *cuacsi*

nunca lo
estoy —contestó
el pato sacudiendo la cola.

—¿Si estás solo?

—preguntó extrañada ella.

—Sí. A mamá no le gusta
que perdamos el tiempo en dormir
si podemos aprovecharlo en comer
cuacnto podamos —explicó Patorpe.

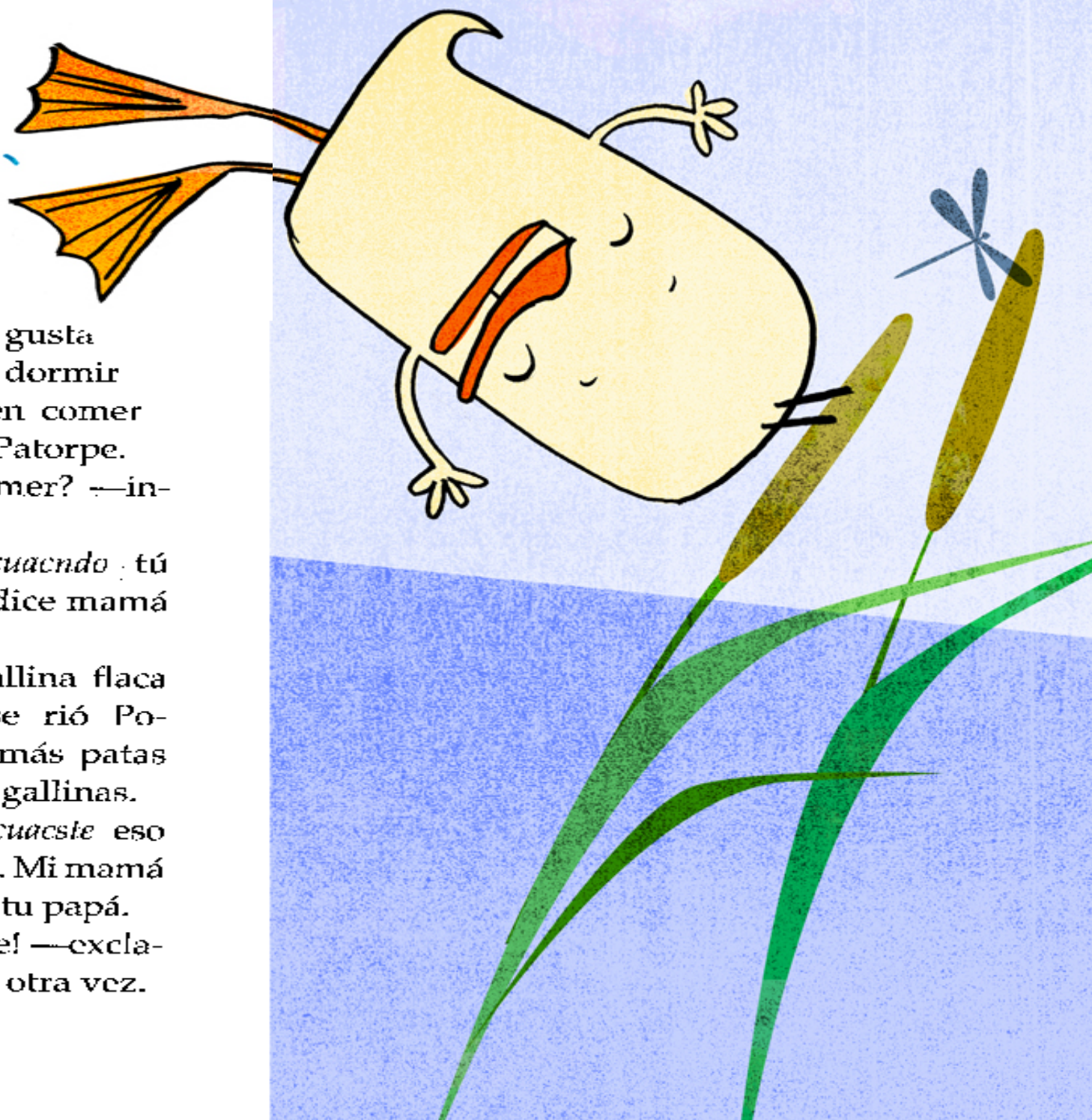
—¿Y si no quieres comer? —in-
quirió de nuevo la pollita.

—“No comes sólo *cuacndo*; tú
eres el que está en la olla”, dice mamá
—contestó el pato.

—La mía dice: “La gallina flaca
no encuentra marido” —se rió Po-
llita—. Yo creía que las mamás patas
eran menos estrictas que las gallinas.

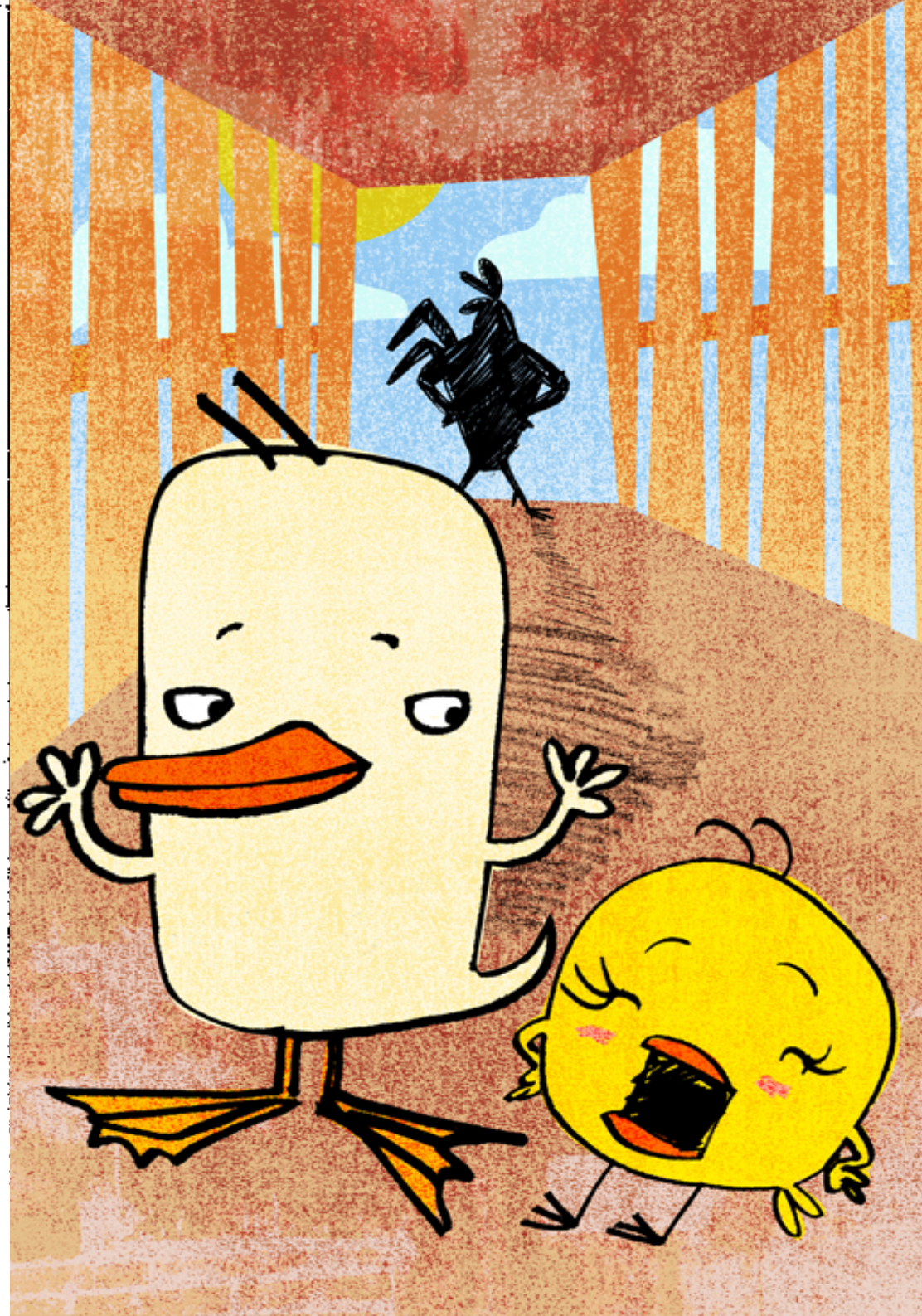
—No sé de dónde *sacuacste* eso
—dijo Patorpe sorprendido—. Mi mamá
enojada haría temblar hasta a tu papá.

—¡No, eso es imposible! —excla-
mó la pollita soltando la risa otra vez.



—Bueno, el mío sí que tiembla cuando ella se enoja —replicó el pato riéndose también.

Fue en ese momento en que Papá Gallo la vio, tan divertida y relajada, riéndose con quizás qué tontería que un pato le decía. Eso sí que le cayó como bomba: su hijita, ¡amiga de un pato! Casi le da un soponcio otra vez: de todos los animales, Pollita había elegido un pato por amigo, eso era lo peor para el pobre y exagerado gallo. Los patos eran extravagantes e impredecibles, tanto por su desastrosa falta de habilidad para moverse, como por su inclinación a la chacota y a las fiestas. Papá Gallo no entendía cómo podían vivir tan despreocupados, sin hacer nada útil, sin ceñirse a una rutina determinada, ni respetando a los demás. Lo único bueno que veía en los patos, era la posibilidad de comparar una especie con la otra para sentirse seguro de que



las gallinas eran mucho mejores que los patos, nunca se había preguntado para qué, pero era lo que menos le importaba. Por eso, ver a su hija tan tranquila y hasta contenta charlando con Patorpe, lo descompuso. Sin embargo, se recuperó y, moderando su tono, llamó a Pollita, alejándola del loco aquel. Cuando la pequeña llegó a su lado, la miró muy serio y le dijo:

—Hija, creo que ha llegado el momento de que sepas algunas cosas que desconoces sobre la vida, pero que tu padre te dirá...

—¿Qué cosas, papito? —preguntó inocente ella.

—En primer lugar, si bien la mayor parte de los animales son buenos, por lo menos los que tú y yo conocemos —explicó el gallo—, hay algunos que convienen más que otros para ser amigos, especialmente si son de otra especie...

—No entiendo, papito —replicó

la pollita confundida—. ¿De qué estás hablando?

—Hablo de que una gallina debe procurar tener de amigas a otras gallinas —Papá Gallo no quería parecer demasiado autoritario, pero le costaba un montón—. ¿Me entiendes? Las gallinas con las gallinas, las vacas con otras vacas... los patos con los patos...

—Sigo sin entender, papi —Pollita se inquietó, aunque sin saber por qué, tal vez intuyendo lo que su padre pretendía.

—No es bueno que las pollitas como tú se muestren amistosas con cualquiera —explicó el gallo—, especialmente si ese cualquiera es de otra especie...

—¿No puedo tener amigos que no sean pollos o gallinas? —preguntó la pequeña, como no queriendo comprender.

—Esteec... sería lo mejor, sí —respondió su padre un poco cortado. En

realidad, solo quería que Pollita no trabara amistad con algún pato, pero no supo cómo explicar las razones para justificar algo que, de alguna manera, sabía no del todo correcto, de modo que la dejó pensar que debía tener contacto solo con las otras gallinas. Pero su hija no se entregaba tan rápido.

—Papá, te recuerdo que tú tienes varios amigos de otras especies —replicó vivaracha ella.

—No estamos hablando de mí, señorita —dijo muy serio Papá Gallo, pero luego agregó—: Además, ellos son simples conocidos con los que convivimos y con los que debo mantener buenas relaciones.

—Pero...

—Hazme caso, hija, soy tu padre y sé lo que es mejor para ti —la interrumpió el gallo.

—Pero...

—Bueno, me alegro de que lo hayas entendido —él no la dejó hablar—.



Ahora vete a jugar por ahí, aprovecha, que la niñez se pasa pronto...

Y Papá Gallo se alejó rumbo a los ponederos, muy orondo creyendo que lo había hecho muy bien esta vez.

Quizás a Pollita no le hubiese afectado mayormente lo que su padre, de forma tan poco sutil, le había ordenado. Después de todo, él y su madre eran lo mejor que le había pasado desde que era un simple huevo. Pero entonces vio a su hermano mayor encaramado en la higuera, charlando y cantando alegremente con los mirlos, que eran sus mejores amigos, eso no lo dudaba nadie, y que no tenían nada de pollo precisamente. Aquello la hizo fruncir el ceño, preguntándose por qué su hermano y su padre podían "mantener buenas relaciones" con otros animales y ella no. Tendría que buscar a alguien para que se lo explicara, porque, simplemente, no lo entendía.

Pollita se levantó temprano los días que siguieron y todo parecía rutinariamente normal, para felicidad de los adultos en el gallinero. Pero nada es para siempre.

Las hermanas mayores de la pollita, que ya casi eran gallinas hechas y derechas, se encontraban reunidas escuchando atentamente a la Abuela Cazuela, que se encargaba de aleccionarlas para que fueran todas unas señoras gallinas, como debían serlo. Curiosa, la pequeña se acercó a ver de qué se trataba todo eso, aunque, sin duda, ella era aún muy joven para entenderlo.

—Nosotras debemos apegarnos siempre a nuestra diaria rutina: primero, nos levantamos al salir el sol... —decía la abuela en ese momento, pero una vocecita la interrumpió:

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —preguntó a su vez la Abuela Cazuela, luego

explicó—: Porque el sol es bueno, nos permite ver bien el suelo que escarbamos, nos abriga con su calor... Por eso, cuando se esconde, nosotras nos acostamos...

—¿Por qué? —la vocecita otra vez.

—¡Hum! Porque la oscuridad de la noche es peligrosa —respondió la anciana gallina, algo sorprendida con tanta pregunta.

—¿Por qué? —se oyó de nuevo, pero la Abuela Cazuela no aguantó más.

—Pero ¿quién hace tantas preguntas tontas? —quiso saber.

—¿Por qué preguntas tontas? —replicó Pollita, adelantándose.

—Tú no tienes nada que hacer aquí, pequeña —señaló la abuela al verla—. Vete a jugar a otro lado...

—¿Por qué?

—¡Porque yo te lo digo! —exclamó la Abuela Cazuela, perdiendo

la paciencia—. Ya... ¡Fúchilas...! Vete, vete...

Y, por si acaso, fue la vieja gallina la que se alejó, llevándose a las otras pollas tras ella, que se fueron cuchicheando y riéndose por lo bajo, mientras echaban rápidas miradas a la pollita, que se quedó sola sin entender nada. Entonces, escuchó a sus espaldas:

—¿Qué significa esto, señorita? No debes molestar a la abuela y menos con... preguntas de ese tipo.

Pollita se volvió y descubrió a Papá Gallo, mirándola alternadamente con cada uno de sus ojos, y con cara de molesto. Pero no se asustó, él siempre había sido cariñoso con ella y nunca la había regañado.

—¿Por qué debemos acostarnos cuando el sol se esconde, papá? —preguntó sin hacer caso de lo que su padre le dijera.

—¡Hum! Estoy hablando en mugido parece —se dijo el gallo, pero lue-

go de meditarlo unos segundos, contestó—: Pequeña, ya lo dijo la abuela, la oscuridad es peligrosa, siempre lo ha sido, por eso nuestros antepasados se escondían durante la noche, ellos no tenían la alambrada que los protegiera...

—Pero si ahora está la alambrada, ¿por qué seguimos escondiéndonos de noche? —volvió a preguntar la pollita, con impecable lógica infantil.

—¿Eh...? Bueno... porque... —Papá Gallo se vio en un verdadero aprieto para contestar—. ¡De todos modos, de noche no pasa casi nada en el mundo y poco hay para ver! Más vale acostarse temprano y así tener mucho ánimo al día siguiente...

—A mí me gustaría ver la luna y las estrellas... —dijo con aire soñador Pollita.

—¿Para qué? No recuerdo nada de extraordinario en ellas —replicó su padre desdeñoso.

—¿Tú has visto las estrellas, papá?

—preguntó la pequeña, sorprendida.

—Esteee... —Papá Gallo se dio cuenta de que había hablado de más—. Solo una vez, hija, y en circunstancias realmente muy especiales... muy especiales, sí...

—¿Y qué más viste? —Pollita preguntó con tan encantadora ansiedad infantil, que Papá Gallo ni siquiera se paró a pensar antes de contestar.

—Oh, bueno, estaban la luna llena y los grillos con su concierto... ¿Qué más?... ¡Ah, sí...!, luciérnagas, montones de luciérnagas...

—¿Qué son las *luciérganas*, papito? —volvió a preguntar la pollita.

—Luciérnagas —corrigió su padre—. Son unos bichitos muy bonitos que brillan en la oscuridad... ¡Pero, ¿qué estoy diciendo?!

—Me decías de las *luciérganas*, papí... —le explicó su hija.

—No, no... No vi nada importante esa noche... eso... —se corrigió molesto,

aunque ya muy tarde, el pobre gallo hablador.

—¿Y los bichitos que brillan en la oscuridad...? —Pollita no entendía nada.

—Tonterías, hija, tonterías... —dijo Papá Gallo molesto—. No hay nada que ver en la noche...

—¿Puedo quedarme despierta hasta más tarde hoy, papá? —pidió la pequeña sin oír lo que él había dicho—. Quiero ver las *luciérganas*...

—¿Qué? —exclamó el gallo—. ¡Por supuesto que no! Ya te dije, no hay nada que ver...

—Pero...

—¡Pero nada! —alzó la voz Papá Gallo—. He dicho que no... ¡y basta!

Y el autoritario gallo se alejó con orgulloso paso y porte casi marcial, pero por dentro indignado consigo mismo y su bocota suelta. Su hija, triste y confundida, lo vio irse. Era la primera vez que su papá le hablaba así, tan duro, y

tan injustamente además, pensaba ella. ¿Qué había de malo en querer ver la luna y conocer las *luciérganas*? Su padre no le había dado ninguna razón para negarle tal posibilidad. Eso de que la oscuridad era peligrosa no la convencía, puesto que el mismo Papá Gallo había dejado escapar que la alambrada los protegía de cualquier peligro nocturno. Además, si su padre había trasnochado una vez para ver todo lo que dijo ver, bien podía hacerlo ella también.

Pollita se molestó un poco, aún no entendía muy bien lo que pasaba, pero tuvo la intuición de que no había acabado todavía. En eso pensaba, cuando vio venir hacia ella a Patorpe, quien, después de un tropezón, dos porrazos y tres resbalones, llegó por fin a su lado, un poco tiritón y algo despeinado, pero completo. La pollita recordó que su padre no quería que se juntara con quien no fuera gallina, y no lo hubiera hecho, pero era tan solo una pollita y, más

encima, molesta, así que no le hizo caso y sonrió cuando el pato la saludó. Al poco rato, conversaban amablemente.

—¿*Luciérganas*? —preguntó Patorpe—. No, no conozco nada parecido a eso. ¿Y brillan en la *oscuricuac*?

—Mi papá dice que son muy bonitas... —dijo la pequeña.

—No creo que exista *cuac*lgo así —dudó el pato—. ¿Cómo podría un bicho brillar? Lo que tu papá vio debieron ser las estrellas.

—Mi papá me dijo que había visto la luna, las estrellas y las *luciérganas*, no se confundió para nada —señaló tajantemente Pollita, irritada por la incredulidad de su amigo.

—¿Estás segura? —ahora era Patorpe el confundido—. Parece *cuac*si imposible...

—Bueno, si queremos saber algo de las *luciérganas*, hay que buscar a alguien que sepa... —sentenció la inteligente pollita.

—¡El Viejo Ratón! —la interrumpió el pato y Pollita hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Se dirigieron, entonces, a la cueva del roedor más sabio de los alrededores. Lo encontraron justamente en la puerta de su hogar, conversando con un extraño pájaro verde que descansaba aferrado a la rama de un arbusto que se colaba por entre los alambres de la cerca. Pollita y Patorpe, cada uno por separado, ya habían visto a ese pájaro antes, pues hacía tres o cuatro días que merodeaba por el gallinero, al parecer buscando con quien charlar, puesto que por porte y forma, evidentemente, no era una rapaz. El Viejo Ratón los recibió amable como siempre y les presentó a don Loro, un afuerino que venía de la ciudad junto con su familia humana, de la cual era la mascota, y que pasaba algunos días de vacaciones en una de las casas vecinas. Luego de las presentaciones, Pollita puso al tanto al ratón

de la razón de su visita.

—¿Luciérnagas? —preguntó el Viejo Ratón arrugando la nariz—. ¡Ah...! Luciérnagas querrás decir... Sí, sí, *Lampyridae coleoptera*, insectos que emiten luz para atraer a la hembra de su especie... Un bonito espectáculo nocturno.

—¿Y vienen con baterías incluidas o se venden por separado? —preguntó el loro, sorprendiendo a la pollita y al pato, que no entendieron a qué se refería. Pero, al parecer, el Viejo Ratón sí sabía de qué hablaba el otro, porque le dijo:

—Nada de eso, amigo loro, las luciérnagas son seres vivos y no una invención del hombre.

—¿Insectos que se prenden y se apagan como las luces del arbolito de Pascua feliz para todos? —inquirió el pájaro verde admirado—. ¿De dónde sacaron eso?

—Mi papá dice que las vio una

vez que debió trasnochar —explicó Pollita, no sin mirar un poco inquieta a esa ave tan rara¹ y sus más raros comentarios.

—¡Urrrc! ¡Un gallo bohemio!¹ —exclamó divertido don Loro—. ¡Esa sí que es una novedad! ¿Qué me dirán ahora? ¿Que la pollita quiere también jugar al conde Drácula para ver el *hit parade*² de las polillas luminosas?

—¿Qué? —preguntó Pollita sin entender nada.

—Amigo loro, le recuerdo que estos pequeños, por suerte, no conocen lo que es la televisión, por lo que no entienden mucho de lo que usted habla —le dijo el Viejo Ratón al loro; luego le explicó a la pequeña—: Lo que nuestro visitante quiere saber es si tú descas ver también a las luciérnagas.

¹ Se le dice bohemia a la persona que gusta de trasnochar, participando en reuniones sociales, fiestas y espectáculos nocturnos.

² Eventos callejeros masivos donde la gente suele bailar al ritmo de la música llamada electrónica (se pronuncia "jilt pareid").

—¡Oh, sí! —contestó de inmediato la pollita—. Pero papá no me deja...

—Papito corazón, ¿eh? —dijo don Loro burlón—. Todos los machos son iguales, cuando van a ser padres, quisieran tener un niño, luego les nace una niña y sufren una gran decepción...

—Pero, ¿de qué está hablando, amigo loro? —preguntó impaciente el ratón.

—Digo que hasta el papá más duro de matar, cuando su hijita empieza a crecer, termina como el padre de la novia... —pretendió explicar el pájaro verde, aunque nadie entendió.

—Si pudiera hacer menos referencias a cosas de las cuales no tenemos idea —pidió el roedor—, quizás podríamos comprendernos mejor...

—¡Urrrc...! Quiero decir que, como son los padres hoy, solo basta con que le hagas un buen berrinche o te pongas a llorar y conseguirás el

permiso, pequeña... —replicó el loro picado.

—Se notá^{la} que no conoce a mi papá —dijo Pollita sonriendo.

—Eso siempre les resulta a las polluelas del líder de mi bandada humana —señaló don Loro muy seguro.

—Mi estimado amigo loro —le respondió sonriendo el Viejo Ratón—, no creo necesario recordarle que las gallinas y los humanos son bastante distintos...

—Ni tanto, mi estimado pariente de Mickey Mouse —replicó rápido el otro—. Ambos tienen dos patas y cabeza de pollo...

—Quizás tenga razón en parte —admitió el roedor—, pero, como dijo el insigne Darwin, el hombre es muy mono y a nadie se le ocurriría comerlo arvejado...

—¡Urrrc...! Y como dijo Mister Bean, no tengo palabras para rebatir eso... —concluyó don Loro.

—¿Sabes de qué están hablando?
—le preguntó Patorpe a Pollita por lo bajo.

—Ni la más mínima idea —respondió ella y añadió—, pero creo que sé cómo lograr ver las luciér... nags, sígueme y te cuento.

Y mientras el Viejo Ratón y don Loro seguían discutiendo, ambos se alejaron.

A la mañana siguiente, muy temprano, Papá Gallo se encaramó en su estaca favorita, sacudió sus plumas, tomó aire y cantó tres veces como siempre lo hacía. Luego, esperó a que las gallinas y pollos salieran de la casucha que los cobijaba en la noche para iniciar la sesión de escarbado matutino. La primera en salir fue, obviamente, la Abuela Cazuela, seguida por las gallinas jóvenes y, tras ellas, Mamá Gallina al frente de los polluelos de su última nidada. Papá Gallo se sintió orgulloso

de su familia, todos pollos recatados, tranquilos y amantes de la rutina inalterable, prueba de la seguridad que sentían y, para él, esa seguridad era sinónimo de felicidad. Respiró profundo y se sonrió para sus adentros, mirando a Mamá Gallina escarbando y escarbando junto a sus once pollitos... Un momento, ¿solo once?

El gallo contó dos veces más y siempre le faltaba uno. No tuvo que pensarlo mucho para descubrir cuál de sus hijos era. Bajó de la estaca, se acercó y preguntó por Pollita, sorprendiendo a Mamá Gallina, que no se había dado cuenta de que faltaba la más pequeña... otra vez. Por supuesto, la supusieron durmiendo y fueron a buscarla, pero no estaba en su palo-cama, lo que transformó su inicial molestia en preocupación. Salieron otra vez y ya estaban a punto de dar la alarma general, cuando la vieron venir por el sendero que llevaba al estanque. Los saludó desde lejos y se

acercó sonriendo, ajena al revuelo que había causado. Cuando le preguntaron de dónde venía y qué había estado haciendo, contestó inocentemente que ya que no podía quedarse despierta después del ocaso, se había levantado muy temprano, poco antes de que el sol saliera, para ver las luciérnagas.

Papá Gallo no supo si reír o enojarse. La pequeña se había dado maña para lograr lo que quería sin desobedecer sus órdenes. Eso demostraba a las claras lo vivaracha que Pollita era, lo que no dejó de enorgullecerlo, aunque no lo dejara ver abiertamente. Sin embargo, a Mamá Gallina, que había pasado un susto que solo una madre puede sentir, no le interesaba ninguna consideración respecto a la inteligencia de su hija y su preocupación se había transformado en enojo, por lo que Pollita se llevó un buen regaño. Por supuesto, el gallo, muy rey del gallinero sería, pero eso no lo salvó de tener que

apoyar a Mamá Gallina, aun cuando no estaba muy seguro de que la pequeña merecía el reto.

—Pero, mamá... —se defendió la pollita—. Yo solo me levanté más temprano... ¿No era eso lo que querías?

—¡Que te levantas temprano sí, pero no para irte de paseo tú sola! —le replicó su madre.

—No estaba sola, Patorpe me acompañó —dijo Pollita y de inmediato se arrepintió, pero ya era tarde.

—¿Qué? —exclamó Papá Gallo, ahora sí molesto—. ¿Ese pato te...? ¡Debí imaginarlo! Esto no podía ser idea tuya, de modo que ese pato loco te convenció...

—¡Papá...! Patorpe no hizo nada —lo interrumpió la pequeña—. Yo le pedí que me acompañara...

—¡Imposible! Una pollita decente como tú jamás tendría semejante ocurrencia —replicó el gallo, que, en su ofuscación, olvidó que apenas unos

minutos antes se había sentido orgulloso de la viveza y determinación de su hija. Como a la mayoría de los padres les pasa, el tozudo Papá Gallo le daba el crédito a su hija solo cuando creía que esta había hecho algo bueno, de lo contrario, el culpable tenía que ser otro. Y si ese otro era un pato, mejor.

—Bien, señorita —dijo, por último, Papá Gallo—, traté de no ser pesado, pero ahora no me queda más remedio que serlo... Tienes prohibido volver a juntarte con cualquier pato, hoy y el resto de tu vida...

—Pero, papá...

—¿Has entendido, Pollita? —el gallo no la dejó hablar.

En eso, apareció el mismo Patorpe, seguido de Papá Pato y Mamá Pata, que venían muy serios, balanceándose como siempre y sacudiendo las colas. Naturalmente, Patorpe hizo honor a su apodo tropezando tres veces, aunque solo una comió tierra. Se levantó lo más

rápido que pudo y siguió caminando, mientras su padre movía negativamente la cabeza y su madre miraba al cielo. Cuando llegaron junto al gallo y las gallinas, saludaron y Papá Pato, adelantándose, comenzó a hablar.

—Señor *Cuaclo* y señora *Cuacolina* —dijo—, veníamos con la intención de hablar de la... ejem... escapada de madrugada de nuestros hijos...

—No veo que tengamos nada de qué hablar —respondió pesado el gallo—. Basta con que su hijo no se acerque más a mi hija y todo estará bien.

—¡Papá...! —exclamó Pollita ante la reacción impensada de su padre, e iba a decir algo más, pero Papá Gallo la hizo callar con un gesto imperioso.

—Señor *Cuaclo*, me parece... —comenzó a decir Papá Pato, pero el porfiado gallo lo interrumpió:

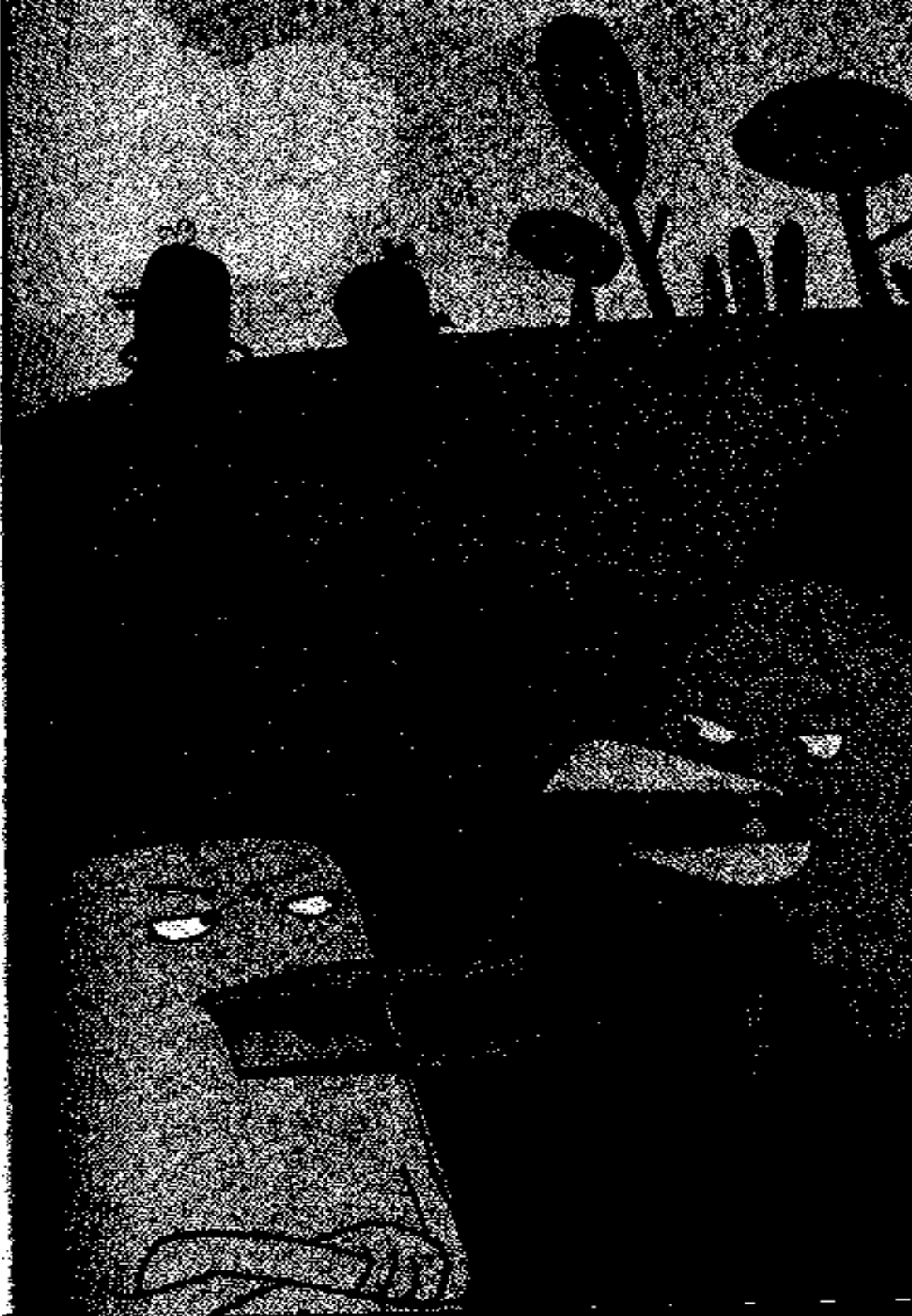
—No hay nada más que decir, señor Pato —explicó—. Su hijo es una amistad perniciosa para mi pollita.

—¿Perniciosa? —repitió el pato sin poder creer lo que escuchaba, pero de pronto reaccionó—. ¡Perniciosa! Sabía que usted era un *cuacrogante* y un intolerante, pero compruebo que es eso y mucho más...

—No me interesa su opinión, lo único que quiero es que mantenga a su hijo fuera de mi vista y lejos de mi hija —volvió a interrumpirlo.

—¡Le *cuacseguro* que eso será un placer! —replicó Papá Pato y dio media vuelta para marcharse junto a su señora y su hijo, que iba tan triste que ni siquiera tuvo ánimos para tropezar, resbalar o cacr.

Por eso todo era agitación en el gallinero, y los pollos, gallinas, patos y hasta los perros no paraban de hablar del asunto que tenía a Papá Gallo furioso, a Mamá Gallina desconcertada y al resto de la familia sin saber a qué atenerse.



Segunda parte

PASARON algunas semanas, los días se hicieron más largos y más tibios, las flores aparecieron por todos lados y la primavera se olía en el aire. En el gallinero, sin embargo, las cosas continuaban muy frías entre patos y gallinas, que no entendían mucho lo que había pasado, pero eso no fue obstáculo para que cada cual hiciera causa común con su especie y, así, las gallinas, muy estiradas ellas, andaban a los desprecios con los patos y estos, muy chuscos ellos, les devolvían bur-las y bromas, algunas de no muy buen gusto.

Los únicos que no participaban

de esa especie de guerra no declarada eran los más jóvenes, que menos que nadie comprendían el asunto, entre ellos, Pollita y Patorpe, que se sentían culpables de todo, a pesar de que nunca supieron cómo fue que habían provocado tan grande problema. Aun así, estaban agobiados, especialmente Pollita, que era la más pequeña de todos, por lo que nadie se preocupaba de explicarle las cosas. Además, seguía sin ver las luciérnagas, puesto que el madrugón aquel que se dieron ella y Patorpe, y que ocasionara todo el lío entre pollos y patos, no había servido de nada, pues nada, ni luna, ni estrellas ni luciérnagas, pudieron ver.

Así las cosas, la polluela paseaba meditando cerca de los sacos papeiros que estaban apilados junto a la cueva del Viejo Ratón, cuando oyó un suave silbido que llamó su atención y vio, asomándose por detrás de uno de los sacos, a Patorpe, quien le hizo señas

para que se acercara. Intrigada, Pollita fue hasta él y descubrió que, tras los costales, había un buen espacio, ideal como escondite, pues quedaba oculto de todo el gallinero y no se descubriría sino hasta estar encima de él. Allí se metieron para conversar y, al cabo de un rato, recordaron el madrugón y sus fatales consecuencias.

—¡Cuac! Se armó una bien gorda, ¿no? —dijo Patorpe, riéndose un poco bobamente.

—Sí, no sé por qué... —contestó Pollita.

—Es que tu papá se pasó de apurón —replicó el pato—. Si hubiera escuchado lo que mi *cuacpá* quería decirle, la cosa habría sido muy distinta...

—¿Qué quería decirle? —preguntó la polluela, no sin sentirse un poco molesta por el comentario de su amigo.

—Mis viejos me retaron por acompañarte —explicó Patorpe—.

Según ellos, *cuactué* muy mal, porque sabía que tus viejos son terriblemente preocupados y que se pondrían muy nerviosos, por lo tanto yo, en vez de acompañarte, debí intentar que desistieras de tu idea. Entonces, mis padres querían que yo les explicara a los tuyos lo que habíamos hecho, para que se quedaran tranquilos...

Pollita calló por unos segundos y, luego, miró a su amigo y exclamó:

—¡Son bien raros los papás!

—¡Cuac! ¿Por qué dices eso? —le preguntó el pato sorprendido.

—Porque el mío cree que los patos son muy irresponsables e imprudentes, y el tuyo, que las gallinas somos muy serias y estrictas —explicó la polluela—. Pero todo este lío se armó, precisamente, ¡porque los patos actuaron como pollos y los pollos, como patos...!

—¡Cuac, cuac! ¡Es cierto! —concordó Patorpe divertido—. Papá Pato

fue el preocupado y estricto...

—Y Papá Gallo fue el que metió la pata por no escuchar primero...

—completó Pollita riéndose.

—Claro que mi *cuácpá* también la embarra a veces, por eso mi mamá se enoja con él... —señaló el pato poniéndose serio.

—Y que mi papá es preocupado y estricto, eso todo el mundo lo sabe... —completó la pollita.

—O sea, son iguales —concluyó Patorpe.

—Igualitos...

—Ya lo dijo el venerable Martín Lutero: "Juntos, pero no revueltos..." —comentó el Viejo Ratón que, encaramado sobre una pila de leños, miraba hacia el gallinero. A su lado, Papá Gallo dormitaba sobre una de las estacas del cerco.

—¡Eh...! ¿Qué...? ¿Qué dijo,

amigo ratón? —preguntó el gallo, sobresaltándose.

—Nada, nada, amigo gallo —respondió sonriendo tristemente el roedor—. Me da pena lo que pasa entre ustedes y los patos...

—No veo por qué, amigo ratón —lo interrumpió el gallo—. Todo está mejor así.

—¿Sí? —dudó el roedor, luego añadió—: Como lo dijo Abraham Lincoln: "La unión hace la fuerza". Eso es algo en lo que no ha pensado, amigo gallo. El gallinero es un pequeño mundo, donde todos necesitamos de los demás y, por tanto, nadie sobra ni, mucho menos, puede una mitad de sus habitantes estar pelcada con la otra mitad.

—En primer lugar, amigo ratón, yo no he pelcado con nadie, solo tuve una discusión con Papá Pato por culpa de su hijo. Si él y los otros patos decidieron enojarse y apartarse, es cosa

de ellos —replicó un poco molesto Papá Gallo y agregó—: Por otro lado, no creo que las gallinas necesitemos alguna vez de los patos. Por lo menos, yo no los necesitaré nunca...

—Einstein ya lo estableció muy claro: "nunca" es mucho tiempo y es relativamente arriesgado confiarse en que las cosas no sucederán por estar muy lejos en el futuro, como lo comprobó el burlador de Sevilla...

El gallo ya empezaba a molestarse con el Viejo Ratón y estaba por decirle alguna pesadez de la que, probablemente, se arrepentiría después, pero una sombra que se proyectó sobre el suelo del gallinero lo hizo poner toda su atención en el cielo. Un pájaro muy grande y de aspecto temible giraba sobre ellos, descendiendo lentamente. No pudo reconocer qué especie era, pero parecía un gavián gigantesco, dejando en evidencia que se trataba de una rapaz. Dio la alarma y todos, gallinas

y patos, huyeron despavoridos, escondiéndose donde pudieron y con quien pudieron, así fue como Mamá Gallina y Mamá Pata terminaron las dos metidas debajo de una carretilla vieja que había por ahí.

Papá Gallo, en tanto, engrifado y furioso, no despegaba los ojos del intruso que, no obstante la evidente desbandada general que había provocado, seguía bajando lentamente, sin prisa, como si no tuviera hambre. Eso le dio tiempo al Viejo Ratón para convencer al temerario gallo de esconderse también, pues el rival era demasiado fuerte, aun para él.

—¡Póngase a salvo, amigo gallo, por favor! —le decía muy nervioso desde su escondite, bajo los sacos de papas—. Esa es un ave demasiado grande para usted, ¡no podrá con ella!

—Yo no tengo opción —le respondió el gallo, sin dejar de mirar hacia arriba—. Debo proteger a los pollos y

gallinas, aun contra ese monstruo.

—Pero si ya están todos a salvo escondidos —le hizo ver el roedor—. ¿A quién va a defender?

—Es cierto —dijo Papá Gallo echando un vistazo a su alrededor—. Todos están escondidos, entonces...

—¡Entonces métase debajo de ese arbusto de una buena vez! —exclamó el ratón apurándolo.

El gallo hizo lo que le pedían, justo cuando la gran rapaz terminaba su último giro y se posaba en la copa de la higuera, donde se quedó unos minutos en silencio, como esperando que alguien saliera y le dijera algo. Como, evidentemente, nadie lo hizo, habló fuerte y claro, pero ninguno pareció entender lo que dijo... o casi.

—*Hi, aboriginies gentlemen, nice country this, no so much as my natal Alaska, from wich I come flying, without doing a great effort* —dijo la rapaz desde la altura del árbol, pero como nadie le res-

pondió, agregó riéndose bobamente—: *Oh! I'm sorry! I scared you, but don't be afraid, I'm a fishing eagle, you don't enter my diet... Do you understand me?*³

—*Yes, míster igl, ai anderstán yu* —respondió el Viejo Ratón sin asomarse desde su escondite—. *Esquius as if güí can not biliv yu, but güí néver sii e fichin igl bifor...*⁴

—Eee... Yo prometo a usted... eee... no haré daño... —juró el águila—. Yo comí hoy ya... eee... pescado como yo... Palabra de águila...

—¿Un águila que come pescado? —intervino Papá Gallo en tono despectivo, saliendo decididamente a descubierto—. ¿Qué clase de rapaz es esta?

—Mí dije ya que soy águila pescadora —repitió el extraño—. Yo pollos no como...

3 Hola, señores aborígenes, hermoso país este, no tanto como mi natal Alaska, de la cual vengo volando sin gran esfuerzo... ¡Oh, lo siento! Los asusté, pero no teman, soy un águila pescadora, ustedes no entran en mi dieta... ¿Me entienden?

4 Sí, señor águila, lo entiendo... Perdónenos si no podemos creerle, pero nunca vimos un águila pescadora antes...

—Lo que nos faltaba: la mascota del capitán Nemo... —murmuró el roedor, luego añadió en voz alta, al tiempo que abandonaba su refugio—: Bien, como dijo Moisés, el que no se atreve, no cruza el mar...

—Eec... Buenos tardes, *senior Gallo* y *senior Ratón*... —saludó el gran pájaro—. Eee... mí decía que este... eee... es uno bello país...

—Gracias —respondió el ratón—. Creí entender que usted viene del norte, muy al norte...

—Yes... eee... Mí vengo todos los años a pasar invierno acá —explicó el águila—. Eec... desde Alaska vengo...

—¿Todos los años? —preguntó extrañado Papá Gallo—. Pero, es la primera vez que lo veo...

—Amigo gallo, lo que quiere decir nuestro visitante, es que migra desde su tierra natal a pasar el invierno acá. Obviamente, no lo conocíamos, porque es la primera vez que se detiene aquí...

—¿A pasar el invierno? —preguntó sin entender el gallo—. Pero si el invierno ya terminó, estamos en primavera...

—Claro que sí, pero en el hemisferio norte, de donde viene el señor Águila, es otoño y él viaja hacia el sur, donde pronto será verano —explicó el Viejo Ratón un poco divertido.

—No entiendo nada —dijo Papá Gallo—, pero no importa. Lo que importa es saber si en realidad este señor Águila no es un peligro para el gallinero.

—No tener preocupación tú, *senior Gallo* —insistió la rapaz desde el árbol—. Mí solo bajo a descansar... eee... un rato... eee... Me pareció bonita este lugar y volando mucho tiempo que mí se aburte sin nadie para hablar.

—Bueno, conversación es lo que sobra aquí, señor Águila —aseguró el ratón—. Y tiene razón cuando dice que este es un lugar muy bello...

—Mí siempre tengo razón... je, je —lo interrumpió la rapaz, con un tonillo algo arrogante en su voz—. Cierto, un bello lugar... eee... pero mi tierra más lo es.

—Ya, por eso te arrancas de ella cuando empieza a hacer frío —le comentó por lo bajo el gallo al ratón, que casi deja escapar una risotada. Sin embargo, se aguantó y preguntó:

—¿Qué tal la vida por allá? ¿Muchos peligros?

—¿Peligros?... ¡Ah! ¡Sí, sí, muchísimos, sí...! —contestó el águila—. Pero mí soy fuerte y valiente... eee...



me enfrento al señor Oso Gris y él huye asustado. ¿Aquí no osos, no es cierto?

—No, no los hay —dijo el roedor sonriendo ante aquel pájaro bravucón—. Pero tenemos pumas...

—¿Pumas? ¿Qué es puma? —preguntó el águila sin poder evitar un cierto dejo de inquietud en su voz.

Sin ningún tipo de mala intención, el sabio roedor describió al puma desde el punto de vista del ratón que era:

—Es un gato enorme, gigantesco, muy salvaje —dijo.

—Mí no teme a gatos grandes



—alardeó la rapaz, pero luego metió las patas, o garras, al decir—: No teman, pollo y ratón, mí defiende si puma aparece...

—¿Qué? ¿Y yo estoy pintado acaso? —le replicó Papá Gallo.

—¿Tú? ¿Qué podrías hacer tú, *senior* pollo contra un gato enorme? —se burló el águila, que no conocía, obviamente, lo valiente y buen peleador que era aquel "pollo".

—Gallo, si no te importa, y la lengua te queda donde mismo —dijo Papa Gallo picado, ese afuerino sí que era un pesado—. Este gallinero no necesita que ningún extranjero venga a defenderlo de nada. Para eso estoy yo aquí...

—*You?!* —se rió abiertamente el águila—. Pero, ¿qué tú podrías hacer, un simple pollo, contra gato enorme? ¿Cacarear hasta marearlo?

Papá Gallo casi revienta; si el águila no hubiese estado en la copa del árbol, le habría dado una muestra

de lo que era capaz de hacer. Después de todo, él ya se había enfrentado a jotes, gavilanes, peticos y cernícalos que hablaban menos y picoteaban más que este águila traga-sapos, y aún estaba invicto. Pero la casualidad vino a ayudarlo a poner las cosas en su lugar con el pájaro arrogante aquel. Pasó que, justamente, un gato, venido de alguna casa vecina, merodeaba por los alrededores del gallinero y percatándose de que el gallo estaba distraído, se acercó con la no muy buena intención de robarse un pollo y conseguir así una cazuela tierna y gratis. Pero como todos los pollos y patos estaban escondidos por culpa del águila, tuvo que acercarse más de lo que pensaba y, por el apuro y el hambre, al ver que algo con plumas se movía debajo de una vieja carretilla, lo confundió con un polluelo y trató de atraparlo. Mamá Gallina y Mamá Pata saltaron despavoridas, volcando su escondite hacia un lado y dejando al gato

a descubierto.

Verlo Papá Gallo y saltar sobre él fue todo uno. Don Gato, sorprendido, recibió tres picotazos y un par de espolonazos antes de poder sacar sus uñas y dar el primer zarpazo para defenderse.

—¿Qué siendo eso?! —preguntó el águila pescadora sobresaltada.

Y, ahora sí, con toda la mala intención, el Viejo Ratón melodramáticamente gritó:

—Es... es... ¡un puma!

—*Oh, my God!* —exclamó la rapaz, echándose a volar sin el menor interés en saber el final de la pelea.

—*¡Go jom, míster fichin ígl!*⁵ —le gritó alegremente el roedor al verlo huir despavorido.

Despavorido, también, el gato trataba de sacarse de encima al gallo que no lo dejaba en paz, arremetiendo con esos espolones afilados y dándole

5 ¡Vete a casa, señor águila pescadora!

duros picotazos, uno de los cuales ya le había perforado una oreja, dejándola lista para usar un aro, si quería. Mamá Gallina y Mamá Pata, olvidándose de sus diferencias, codo con codo, alentaban al gallo en la batalla.

—¡Dale, dale! ¡Eso... en el espinazo, en el trasero, en la cola! ¡Ahí duele! —gritaba la gallina.

—¡En la *cuacbeza*, déjelo tonto, sí! ¡Bien, señor *Cuaclo!* —lo animaba la pata.

Por fin, el cucho se libró del feroz gallo y escapó como alma que lleva el diablo, encaramándose al primer techo que encontró y desapareció sin mirar atrás. Se hubiese creído que nunca querría volver a poner un pie en el gallinero, pero don Gato era rencoroso y no estaba dispuesto a olvidar tan fácilmente la humillación por la que había pasado. Ya vería ese gallo cuando reuniera a su pandilla...

La escaramuza entre Papá Gallo y el gato no solo sirvió para cerrarle la boca al águila bravucona, sino que, además, ayudó a distender las relaciones entre patos y gallinas. Si bien era cierto que sus respectivos consortes seguían enojados y sin dirigirse la palabra, Mamá Gallina y Mamá Pata parecían haber olvidado todas sus diferencias e, incluso, se comportaban como las mejores amigas. Aquel susto que pasaron juntas bajo la carretilla las había unido insospechadamente y, puestas a conversar, se habían dado cuenta de que tenían mucho en común, como madres y como esposas de dos ofendidos y peleados cascarrias. Obviamente, a Papá Gallo no le gustó nada de nada esa repentina amistad entre gallina y pata, pero no pudo hacer mucho, Mamá Gallina no era Pollita y no podía ordenarle que no siguiera siendo amiga de Mamá Pata. Él podía vigilar desde su estaca, man-

dar todo lo que quisiera a los pollos y pelear a picotazo limpio con cuanto gato o rapaz se le cruzara en el camino, pero Mamá Gallina era Mamá Gallina y hasta ahí llegaba su reinado.

Sin embargo, otro gallo cantaba en lo que se refería a Pollita, a quien mantenía vigilada no porque no quisiera dar su brazo, o ala, a torcer, sino porque se daba cuenta de que su hija era muy vivaracha y eso lo enorgullecía, es cierto, pero también lo asustaba, pues la polluela podía intentar algo peligroso en su afán de salirse con la suya. El atribulado gallo recordaba algunas locuras que él mismo había hecho a la edad de Pollita y que ahora, de adulto, no comprendía cómo se le había ocurrido hacerlas. Temía que la polluela repitiera la historia, pero con menos suerte que él, tal vez. No obstante, Papá Gallo, que tenía tan claras algunas cosas, en otras era la contradicción hecha pollo, pues, pese

a lo anterior, seguía convencido de que Patorpe había sido el instigador de la escapada matutina de su hija y, por tanto, no lo quería como amigo de Pollita. "Seguramente, ese pato le metió en la cabeza a mi pequeña las tonterías acerca de la luna, las estrellas y las luciérnagas", pensaba el gallo, olvidándose de que había sido él quien había mencionado las luciérnagas a la pollita. Esa confusión que lo embargaba le impedía ver que la solución a sus problemas no era tan complicada y solo dependía de él, pero no podía encontrarla, debido, en gran parte, a su carácter porfiado y altanero.

En tanto, tres sinuosas figuras avanzaban por sobre los tejados hacia el gallinero. Eran don Gato y dos de sus compinches que pretendían cobrarse revancha del gallo y, de paso, conseguir el almuerzo.

—En silencio nos acercamos y les

caemos por sorpresa, sí, les caemos... —iba diciendo el vengativo gato.

—Tú sabes^{es} que confío en ti, gatillo, pero ¿no hubiera sido mejor venir de noche? —sugirió uno de sus amigos.

—Sí, compadre, mi otro compadre tiene razón —terció el tercero.

—No podíamos, porque de noche los perros duermen junto al gallinero, ahí duermen... —explicó don Gato—. En cambio, a esta hora están dando la vuelta por los potreros, dándola están...

—Mi otro compadre está en lo cierto, compadre —dijo el tercer gato, dirigiéndose al segundo.

—Vamos, entonces —señaló este.

—Compadre, mi otro compadre dice que vamos —metió su lengua el tercer gato de nuevo.

—¡Ya, córtala con tanto compadreo, compadre! —exclamaron los otros dos fastidiados.

Y los tres compadres siguieron avanzando en silencio.

En cuanto a Pollita, su padre tenía razón en temer su viveza, a la que habría que agregarle la misma tozudez tan característica en él, pues no quiso abandonar sus propósitos de ver la luna, las estrellas y las luciérnagas. Decidió hablar con el Viejo Ratón y pedirle ayuda para lograr que su padre la dejara trasnochar una vez al menos. El buen roedor escuchó lo que la polluela le pedía, meditó algunos segundos y luego respondió:

—La distancia más corta entre tú y las luciérnagas, pequeña, es la línea recta, diría Pitágoras, el gran geómetra...

—No entiendo... —dijo Pollita toda confundida—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que vayas donde tu papá, te plantes delante de él y le pidas permiso sin más... eso —explicó

el roedor sonriendo—. ¡Convéncelo! Estoy seguro de que podrás hacerlo...

—Pero... usted conoce a mi papá —replicó la pollita—, sabe que no va a querer...

—¡A-a-ah...! Tal vez, pero, como dijo Colón a la reina Isabel: "No hay peor viaje que aquel que no se hace" —le contestó, a su vez, el Viejo Ratón—. Ve y habla con él, será lo mejor.

—No resultará —negó Pollita segura—, él nunca cambia de parecer.

—Nada es imposible, dijo la admirable Hellen Keller —señaló el sabio roedor—. Solo tienes que lograr que tu padre vea este asunto desde tu punto de vista.

—¿Y cómo haré eso? —preguntó la polluela.

—Parte por explicarle por qué quieres conocer a las luciérnagas —respondió el ratón.

Pollita no quedó muy convencida con el consejo del Viejo Ratón, más

que nada, porque no lo entendió cabalmente. Se quedó sola en el escondite de los sacos, pensando en las razones que podría tener para ver las luciérnagas, pero no se le ocurría ninguna verdaderamente importante. En eso, algo se metió de sopetón al escondrijo, dando un par de vueltas por el suelo y deteniéndose por obra y gracia de un saco que amortiguó el golpe, desparamando algunas de sus papas. Por supuesto, era Patorpe que, para variar, había hecho una de sus entradas triunfales, entendiéndose un suclazo que te lo compro, gracias a sus enormes e inmanejables patas de pato chambón. Como siempre, intentó pararse en seguida, pero pisó las papas sueltas y sus patotas se convirtieron en patines con olor a puré, rodando cada una, hacia distinto lado: la derecha salió disparada hacia la izquierda y la otra, viceversa. El pobre pato hizo una perfecta maroma de bailarín clásico, dio

un giro en el aire y... segundo porrazo, señores... Finalmente, ayudado por Pollita, pudo pararse y mantenerse de pie, lejos de las papas, eso sí.

Una vez que estuvieron seguros de que no podría perder el equilibrio de nuevo, la polluela le contó lo que el Viejo Ratón le había recomendado y le pidió que la ayudara a encontrar una razón incuestionable para ver las luciérnagas y todo lo demás.

—Harto difícil la cosa, oye —dijo el pato pensando—. ¿Podría ser... porque eres muy *románticua* y te han dicho que la luna llena es lo más romántico que existe?

—Muy siútico...

—Entonces... ¿porque quieres comprobar si se produce *cuac* algún eclipse de luna que coincida con la confluencia planetaria entre Venus, Júpiter y la constelación de Orión?

—Muy científico...

—Ya... ¿porque has descubierto

que eres la última descendiente del legendario pollo-lobo, más conocido como pollobo, y necesitas comprobar si la luz de la luna llena te transforma de tierna pollita a *terrorificuac* depredadora antropollófaga?

—¿Qué?!

—No se me ocurre nada más —se dio por vencido Patorpe—. ¿De dónde *sacuaste* esa idea de las luciérnagas?... ¡Ah, ya me *cuacuerdo*...! Tu papá te habló de ellas...

—Sí, él... me dijo que eran muy bonitas... —corroboró Pollita suspirando, luego añadió—: A mí tampoco se me ocurre nada... Voy a darme una vuelta por ahí, a ver si me llega la inspiración...

Pero apenas salió del escondite se topó con Papá Gallo que se había acercado al ver rodando unas papas por ahí. Se quedaron viendo uno al otro, sorprendidos los dos, sin decirse nada hasta que la polluela decidió ir

de frente, como le había recomendado el roedor y, después de carraspear un poco, dijo:

—Papito, la única razón que se me ocurre es que tengo muchas ganas de conocer la luna, las estrellas y las luciérnagas... ¿Puedo...?

Quizás Papá Gallo hubiese cedido a lo que su hija tan directamente, y con tan infantil ansiedad, le pedía, pero, justo en ese momento en que miraba los tiernos ojos que Pollita le ponía y pensaba en que tal vez... Patorpe, que no se había percatado de la presencia del gallo, salió inopinadamente del escondrijo y solo fue necesario verlo para que Papá Gallo sintiera subir la sangre a su cabeza ante la desobediencia de su hija.

—¡No! —exclamó seco y casi violento, sin medir las consecuencias de lo que hacía.

Pollita se lo quedó viendo y, poco a poco, sus ojos se llenaron de

lágrimas, hasta que no aguantó más y salió corriendo rumbo a los ponederos. Recién entonces el gallo se dio cuenta de que, tal vez, había sido muy duro en su forma de responder, pero lejos de recriminarse, se volvió hacia el pato y le gritó:

—¡Tú...! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Tú le metes en la cabeza todas esas tonterías de la luna, las estrellas y las luciérnagas a mi hija...! ¿Qué te has...?

—¡No, señor! —increíblemente, lejos de amilanarse y quedarse callado, Patorpe se enfrentó a Papá Gallo, diciéndole—: Yo tampoco he visto nada de eso, pero usted sí... ¡Fue usted el que entusiasmó a su hija con el *cuacsunto* de las luciérnagas y todo lo demás!

—¿Yo?!

—¡Usted, señor *cuacillo*! —refrendó Patorpe molesto—. Fue usted el que le habló de esos “bichitos luminosos muy bonitos”, ¿recuerda?

Papá Gallo recordó y también comprendió que el pato sería torpe, pero no tonto y que tenía mucha, si no es que toda, la razón. Un poco avergonzado se alejó de Patorpe con la intención de ir por su hija y conversar con ella. Pero algo dentro de él le dijo que no debía dejar de vigilar el gallinero, de modo que, con el dolor de su alma, postergó el asunto con su hija para más adelante.

Pollita corrió hacia los ponederos, pero cambió de dirección a medio camino, yéndose hasta el estanque, que parecía más solitario y, por tanto, más apropiado para su espíritu herido. Ella no se dio cuenta de que su padre había descubierto que aún seguía siendo amiga de Patorpe, por lo que no entendió su reacción al momento en que le pedía permiso para salir de noche. Por eso, iba preguntándose amargamente por qué razón Papá Gallo no quería

consentir algo tan sencillo. Pollita no comprendía nada y eso era lo terrible: nadie le explicaba el porqué de las cosas. Su padre, como gran parte de los adultos, suponía que su pequeña era incapaz de razonar y entender todo, especialmente aquello relacionado con su propia seguridad, y por eso no hizo nunca el esfuerzo de darle una explicación. El gallo estaba convencido de que un hijo debía obedecer a su padre, sin cuestionar nada, simplemente confiando en que su progenitor busca siempre lo mejor para él. Sin embargo, se olvidaba de que los hijos pequeños son curiosos por naturaleza y, por lo mismo, lo que más quieren y necesitan es que se les enseñe y, para eso, es necesario explicarles todo, ojalá con lujo de detalles. Ahora, Pollita sufría y lloraba, justamente porque estaba confundida por el errático y contradictorio actuar de su padre: primero, mantenía buenas relaciones con los perros y los ratones,

pero no con quienes convivían en el mismo espacio, los patos; y, hablando de buenas relaciones, su hermano mayor podía tener de amigos a quien quisiera, pero ella no; por otro lado, su padre podía enfrentarse con temeridad casi suicida a cualquier posible depredador que pusiese en peligro al gallinero, pero le temía a la oscuridad, aun con la alambrada protegiéndolo; por último, era evidente que se enorgullecía de su hija, pero, al mismo tiempo, la subestimaba al creer que otros pensaban por ella. Y estos eran solo algunos ejemplos de lo que Papá Gallo hacía y deshacía, a veces, casi al mismo tiempo.

No, Pollita no comprendía nada y, tratando de hacerlo, llegó hasta el estanque, en cuyo centro había una gran piedra a modo de isla, a la que se accedía desde la orilla por un tablón que hacía de puente. Por él se aventuró, llegando hasta la piedra, donde se sentó, enjugó sus lágrimas y se ensimismó en

sus pensamientos. Tanto se concentró en sí misma, que no oyó nada... hasta que fue muy tarde.

Papá Gallo vigilaba atento desde su estaca, mientras pollos, gallinas y patos hacían su rutina tranquilos en el gallinero. Pero él no participaba de esa tranquilidad, al contrario, intuía que algo no andaba bien. Desde el principio de los tiempos, su especie había sido cazada y eso la llevó a desarrollar el instinto de supervivencia que, en esos momentos, mantenía al gallo con los dos ojos muy abiertos, preocupado de

no sabía qué, pero que no debía descuidar. Sin embargo, apareció el Viejo Ratón buscando, como siempre, conversación. A pesar de que también era una eventual presa, el roedor no parecía compartir los temores de Papá Gallo y no se dio por enterado de lo tenso que estaba su plumífero amigo, que lo recibió un poco frío sin que él lo notara. El gallo tal vez hubiese preferido no distraerse ese día con la charla del Viejo Ratón, pero no podía echarlo ni dejarlo hablando solo, así que se resignó, pero sin dejar de vigilar.

—Al igual que Martin Luther



King, yo tengo un sueño —comenzó a decir el sabio roedor.

—¿Cuál, amigo ratón? —preguntó Papá Gallo, pensando en que no debió hacerlo.

—Que polluelos y patitos jueguen juntos en el gallinero otra vez... —respondió el ratón.

—¡Y dale con eso! —murmuró entre dientes el gallo, luego agregó en voz alta—: Pues, gracias a Mamá Gallina y Mamá Pata, su sueño va en camino de cumplirse.

—Me alegro por eso —afirmó el roedor.

—No veo por qué —replicó el tozudo gallo—. Puedo vivir perfectamente sin Papá Pato y su hijo.

—No lo dudo... Tal como el águila pescadora puede vivir sin usted, mi amigo —señaló el Viejo Ratón con una sonrisa especial.

—Claro, si come pescado —replicó burlón Papá Gallo.

—No me refiero a eso, sino a que para él, usted valía bien poco —explicó el roedor.

—No entiendo de qué está hablando —el gallo estaba realmente confundido.

—Me refiero a que el señor Águila lo consideró a usted muy por debajo de lo que realmente es —siguió el ratón—. Lo vio y lo juzgó débil, porque él se creía más fuerte y, por ello, muy superior.

—Pues, se llevó una sorpresa conmigo —terció Papá Gallo sacando pecho.

—Claro, pero ahora usted está como el águila esa... —le replicó intencionadamente el Viejo Ratón.

—¿Co-co-cómo? —quiso saber el gallo sorprendido.

—Que hace con Papá Pato y Patorpe lo mismo que el águila hizo con usted... —concluyó el roedor sonriendo.

—¿Yo? ¡Claro que no! —se defendió Papá Gallo.

—¿No es verdad que puede vivir sin ellos, como dijo? —preguntó el ratón.

—Sí... no... no sé... —el gallo no tenía nada claro.

—Bueno, tal vez, algún día, descubra usted también que se equivoca con Papá Pato, Patorpe y el resto de los patos —sentenció el roedor.


Ese giro en la conversación sí que no se lo esperaba Papá Gallo, y el astuto ratón logró que lo pensara y, agregándole lo que Patorpe le había dicho, ¡vaya si tuvo en qué pensar! No sabía a qué atenerse; por un lado, estaba su molestia con los patos y, le costó admitirlo, la poca estimación que les tenía, especialmente a Papá Pato y a Patorpe. Por otro, el trato despectivo que el águila había tenido con él no le había gustado y menos aun le gustaba que el Viejo Ratón lo comparara con la rapaz,

poniéndolos a la misma altura. Él no acostumbraba a menospreciar a nadie, eso creía... o quería creer, al menos. Pero llegó el Viejo Ratón y lo enredó todo, haciéndolo dudar, pensando si podía ser cierto que él fuera tan arrogante como esa tonta águila.

Entonces, estalló el desastre. Todo fue tan rápido, que no alcanzó a recriminarse por haberse distraído. De lo único que se dio cuenta, fue de que todos corrían aterrados, incluso el Viejo Ratón, que se perdió quizás dónde, cuando aparecieron los gatos. Saltaron del techo de la bodega para aterrizar justo en medio del gallinero y, con solo verlos invadir su territorio, el gallo dejó de pensar. Uno de ellos atrapó justamente al pobre Patorpe, a quien sus patas desorientadas le habían jugado en contra otra vez. La furia se le subió a la cabeza y, sin considerar que eran tres rivales mucho más fuertes que él, se

lanzó al ataque, cayéndole, justamente, al felino que tenía cogido al pato. Aunque esta vez venían prevenidos y ya no era sorpresa la furia irreverente del gallo, de todos modos el gato se sobresaltó y dejó libre a su presa que, des- enredando sus patas, huyó como pudo. Los tres cuchos, entonces, se volvieron contra Papá Gallo, quien lejos de amilanarse, se engrifó entero y los desafió con un cacareo bajo y gutural que los hizo dudar un instante. Pero fue solo eso, un fugaz segundo y ya estaban en posición para atacarlo. Impaciente, uno de los compadres de don Gato se lanzó contra él, pero no llegó a tocarlo: otro gallo, mucho más joven, le cayó encima moliéndolo a picotazos. Eso fue suficiente para el felino que huyó sin vergüenza alguna. Papá Gallo contaba con la oportuna aparición de su hijo mayor, que fue tras su rival para asegurarse de que no volviera. Pero no contaba con lo que pasó luego, cuando los dos gatos

que quedaban no se acobardaron como su compadre y lo atacaron al mismo tiempo. Sin embargo, solo uno de ellos logró saltar sobre él, don Gato, pues su colega se vio interceptado por algo que lo golpeó por un costado y que, más encima, lo aferró de una de sus orejas, tironeándosela como si quisiera arrancársela. Antes de eludir el ataque del otro minino y darle de picotazos y espilonazos de cabeza a cola, Papá Gallo alcanzó a reconocer, sorprendido, a Papá Pato que le devolvía la mano por salvar a su hijo. Aunque no se esperaban toda esa oposición, los gatos aún podrían haber vencido de continuar solos gallo y pato, pero, alentadas por el valor de sus respectivos consortes, Mamá Pata y Mamá Gallina lanzaron un "¡al ataque!" general que movilizó a todo el gallinero. Así, los invasores se vieron de pronto rodeados por un montón de patos y pollos furiosos, que se habían olvidado de algo llamado



cadena alimenticia y de su lugar en ella. Hasta la Abuela Cazuela se atrevió a darle un picotazo en la cola a don Gato, quien, en vista de lo peliaguda que se había puesto la cosa, decidió optar por una retirada indigna a sufrir una derrota humillante. Los ladridos que escuchó acercarse a lo lejos apuraron su decisión y de un salto, pasó por sobre Papá Gallo, seguido por su maltrecho compadre, y se perdieron ambos por el sendero del estanque. Segundos después, llegó Papá Perro, seguido de los suyos. El buen perro saltó la alambrada para asegurarse, no sin asombro, de que todo estuviera bien.

—¡Victoria! —gritó alguien por ahí y todos lo siguieron contentos.

—¡Victoria! ¡Victoria!

—¡Vaya, amigo gallo, lo hizo de nuevo! —dijo el perro—. Cuando

el señor Ratón llegó medio muerto a avisarme, creí que esta no la contaría... ¡Tres gatos! ¡Todo un récord!

—No fui yo solo, sino todo el gallinero... —quiso explicar Papá Gallo, pero un chillido de auxilio lo paralizó: ¡Pollita estaba en peligro!

Todos se volvieron hacia el estanque, allí estaba la polluela, sobre la piedra, arrinconada por don Gato que no quería irse con las garras vacías. Pero justo cuando estaba por atraparla y todos ahogaban un grito de espanto, Pollita saltó al agua. En ese mismo momento, Papá Perro salió disparado tras el gato, que no se hizo esperar por un mordisco del can y, despavorido, también cayó al agua. Como pudo llegó a la orilla y corrió a perderse, dejando un reguero de agua a su paso. Dicen que se agarró un resfrío tal que todavía está tosiendo, el pobre.

Pollita, entre tanto, chapoteaba desesperada, porque era gallina y las

gallinas no saben nadar y, aunque el estanque no era muy profundo, lo era lo suficiente como para que ella no tocara el fondo. Papá Gallo se puso lívido y ya se iba a lanzar él mismo al agua, cuando alguien lo sujetó: era Papá Pato.

—Pero ¿qué hace? ¡Debo salvar a mi hija! —exclamó tratando de zafarse, pero el pato no lo dejó.

—Usted tampoco sabe nadar, señor *Cuaclo* —le replicó Papá Pato—. Deje que un experto lo haga...

Y le señaló hacia el estanque, donde Patorpe, demostrando que sus patas grandes no servirían mucho en tierra, pero en el agua eran una gran ventaja, nadaba veloz hacia su amiga. Justo antes de llegar a ella, se sumergió de cabeza y, hábilmente, la empujó desde abajo. En un dos por tres, la levantó hasta la piedra de nuevo, sana y salva. Todos lanzaron un hurra por Patorpe y el gallo fue quien gritó más fuerte.

Cuando la agitación se calmó, Papá Gallo dijo, dirigiéndose a Papá Pato:

—El amigo ratón tenía mucha razón, yo estaba equivocado con respecto a ustedes, los patos...

—Yo ya sabía eso, señor *Cuaclo* —le respondió burlescamente el pato.

—No —lo corrigió el gallo—. No más señor pato ni señor gallo... ¿Le parece... amigo Pato?

—¡Me parece, amigo *Cuaclo*! —contestó Papá Pato.

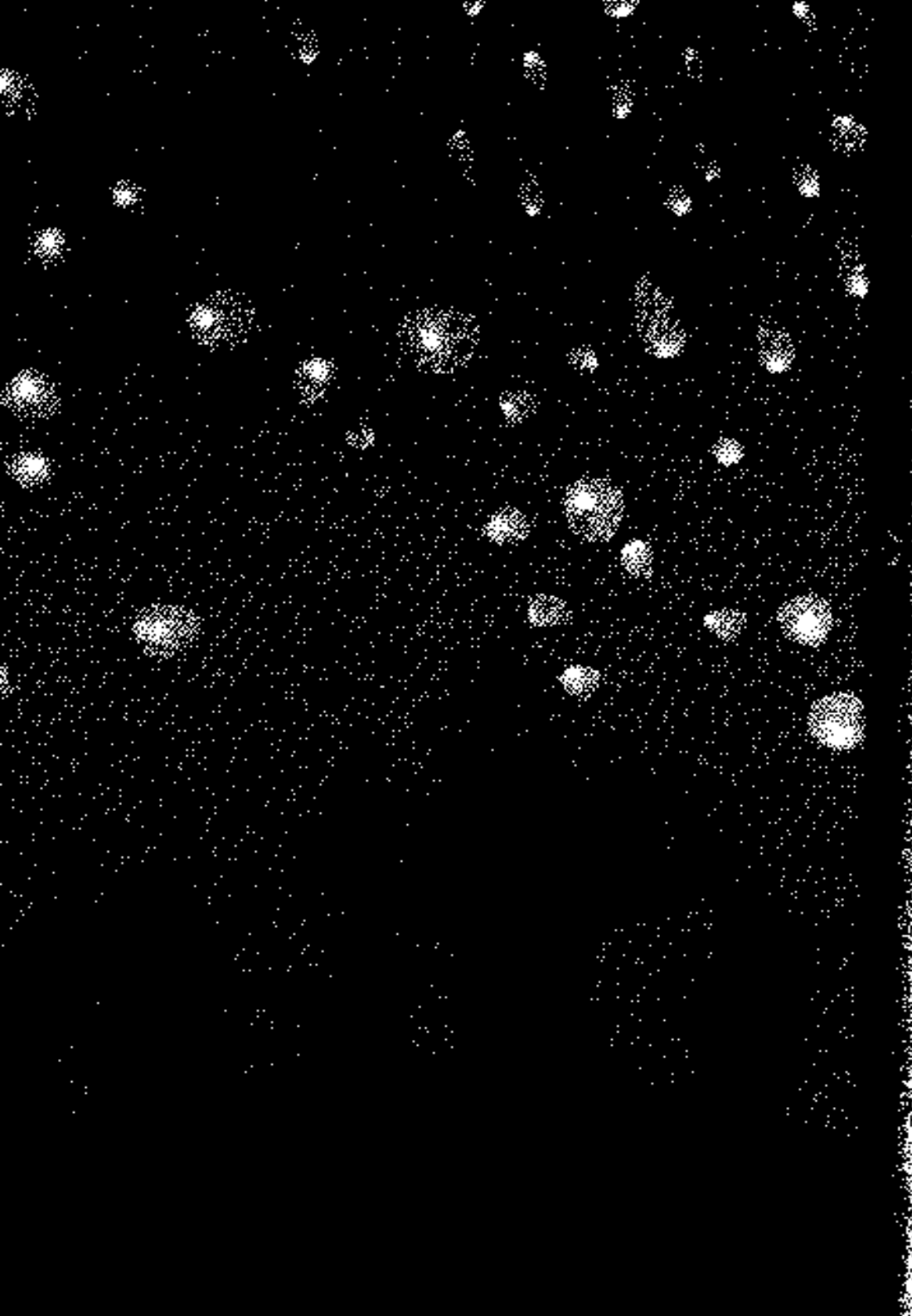
—Como bien lo sabía el gran Miguel Ángel, un amigo es el tesoro más grande que alguien pueda tener —concluyó el Viejo Ratón.

—¡Quien dude de eso, que les pregunte a los gatos! —exclamó contento Papá Gallo y todos se rieron, felices.

Un par de días más tarde, al anochecer, bajo la higuera, los perros echados esperaban a que oscureciera

del todo y que la luna llena apareciera tras los cerros. A su lado, los patos bullangueros no paraban de parlotear, alegres como siempre. Sobre ellos, encaramados en las ramas, pollos y gallinas también esperaban y, en lo más alto, Papá Gallo y Pollita los primeros y más ansiosos de todos. Pronto, el cielo ennegreció por completo y, una a una, las estrellas fueron encendiéndose para ir de a poco llenando el espacio hasta cuajarlo de luces titilantes que saludaban con sus guiños desde la altura sideral. Luego, con su vestido de blanca luz, la luna avanzó desde el este iluminando los campos y trigales con su velo encendido.

Embelesada, Pollita miraba el cielo nocturno con cándido estupor ante esa belleza desconocida hasta ahora. Entonces, Papá Gallo se inclinó para decirle al oído "mira, allá...", señalándole un punto entre los árboles junto al estero. Como caídas del cielo,



minúsculas estrellitas de pálido y verdoso brillo danzaban entre las ramas, jugueteando y buscándose en el aire perfumado de la noche primaveral.

—¿Las luciérnagas, papito? —preguntó mirando a su padre.

—Las luciérnagas, pequeña... —le contestó él.

Y, mucho rato después, cuando ya todos los demás dormían, ambos seguían viendo las luces en la oscuridad.

Pelusa 79



Sobre los dichos del viejo ratón

29

Arquímedes (287 - 212 a. C.): matemático griego que cierto día en que le tocaba bañarse, descubrió que los cuerpos ocupan un lugar en el espacio. Eso es algo que todos tenemos claro hoy, pero en esos años a nadie se le había ocurrido pensarlo hasta que don Arquímedes se metió a la tina, que estaba muy llena, y se rebasó, con lo que se dio cuenta de que su cuerpo desplazaba al agua porque ocupaba su lugar en la bañera. Tan contento se puso que, desnudo como estaba, salió corriendo por las calles, gritando ¡eureka!, que en griego significa "lo encontré". Para su mala suerte, solo se bañaba una vez por mes,

aunque no fuera necesario; de haberse bañado todos los días, quizás cuántas cosas más habría descubierto.

Charles Darwin (1809 - 1882): naturalista inglés, nunca dijo que el hombre es "muy mono", pero escribió un libro, llamado *Teoría de la evolución de las especies*, en el que explica que el hombre moderno proviene de un prehistórico mono que, por alguna razón desconocida, se bajó del árbol en que vivía y, como andar agachado todo el tiempo le producía un dolor de espalda terrible, se enderezó para caminar en dos patas. Al erguirse, le sobraban las manos y no sabía qué hacer con ellas. Entonces, las empezó a usar, primero para rascarse la cabeza y hurguetearse la nariz, luego para fabricar lanzas, macanas, cuchillos de piedra, arcos y flechas, y otros inventos muy útiles que le ayudaron a convertirse en la especie dominante del planeta.

Martín Lutero (1483 - 1546): en los días en que vivió Lutero, la Iglesia Católica era la que determinaba todo en las materias religiosas, pero Lutero tuvo sus dudas con respecto a algunas cosas que Roma mandaba y se atrevió a contradecirla. Logró convencer a una buena parte de Europa, creando un movimiento que se conoce como Reforma, lo que provocó una separación del papado. Nunca dijo algo como "juntos, pero no revueltos", mas, en esos años, la convivencia entre católicos y reformistas fue muy difícil.

Abraham Lincoln (1809 - 1865): fue presidente de los Estados Unidos y, de puro buena gente, se le ocurrió abolir la esclavitud, lo que no les gustó a todos, y muchos estados del sur quisieron separarse, pero don Abe, como le decían sus amigos, no les aguantó pelos en el lomo y les mandó al general Grant con todos sus yankees para sosegarlos. No aparece en ningún libro de historia alguna

frase suya similar a eso de "la unión hace la fuerza", pero como él mantuvo a la fuerza la unión (estadounidense), cabe suponer que lo pensó más de una vez. Lamentablemente, murió asesinado por un racista blanco.

Albert Einstein (1879 - 1955): físico alemán-estadounidense, al que se le ocurrió proponer la famosa Teoría de la relatividad que solamente él entendió, pero que explicaba la relación entre el tiempo y la distancia, o algo así, o quizás no, vaya uno a saber, quién sabe. Lo que sí se entiende es que, aunque, nunca dijo que nunca era mucho tiempo, si aplicamos su teoría, sería un hecho que nunca podríamos probarlo. ¿Quedó claro?

El burlador de Sevilla: drama de Tirso de Molina (1583 - 1648), cuyo protagonista, don Juan Tenorio, un tipo muy picado de la araña y malulo, cada vez que le

decían que se iría al infierno cuando se muriera, contestaba: "¡Cuán largo me lo fiáis!", lo que viene siendo algo así como: "¡Falta mucho para que pase esa micro todavía!". O sea, como era joven, creía que no se iba a morir muy luego, por lo que tenía harto tiempo todavía para portarse mal y después arrepentirse. Pero le falló el cálculo y sí se murió joven y, obviamente, don Sata en persona le abrió la puerta del infierno.

Capitán Nemo: protagonista de la novela de Julio Verne (1828 - 1905) *20.000 leguas de viaje submarino*, quien, aunque no era sirenita ni cangrejo, vivía bajo el mar... en su submarino, de modo que solo comía pescado. No tenía mascota, pero de haberla tenido, un águila pescadora habría sido una muy acorde a él.

Moisés: personaje bíblico que liberó al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto y los llevó a la Tierra Prometida.

Pero el viaje incluía pasar por el mar Rojo y no tenían ningún barco a la mano. Por suerte, Moisés estaba en la buena con Dios y, contando con eso, hizo que se abrieran las aguas del mar y, a patita, todo su pueblo cruzó sin mojarse ni un dedo.

Pitágoras (582 - 507 a. C.): matemático griego, inventó un teorema geométrico que lleva su nombre. No está claro si fue él quien estableció eso de que la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta, pero de que lo sabía, lo sabía, porque su mujer, que era celosa, le hacía un escándalo si no se iba derechito para la casa después del trabajo.

Cristóbal Colón (1451 - 1506): no necesita mayor presentación, porque es el más famoso de todos los navegantes. Descubrió América con la ayuda de los reyes católicos, especialmente de la reina Isabel, que, como don Cristóbal fue

a pedirle plata un viernes por la tarde, cuando los bancos ya estaban cerrados, no tenía efectivo para pasarle, así que cooperó con sus joyas.

Hellen Keller (1880 - 1968): admirable mujer que desde muy pequeña quedó ciega y sorda. Es decir, no tenía cómo comunicarse, pero con un poco de ayuda y usando solo el tacto, logró inventar un sistema de comunicación para hablarle a un mundo que no veía ni escuchaba. Con el tiempo, se ha convertido en el símbolo más visible de los discapacitados.

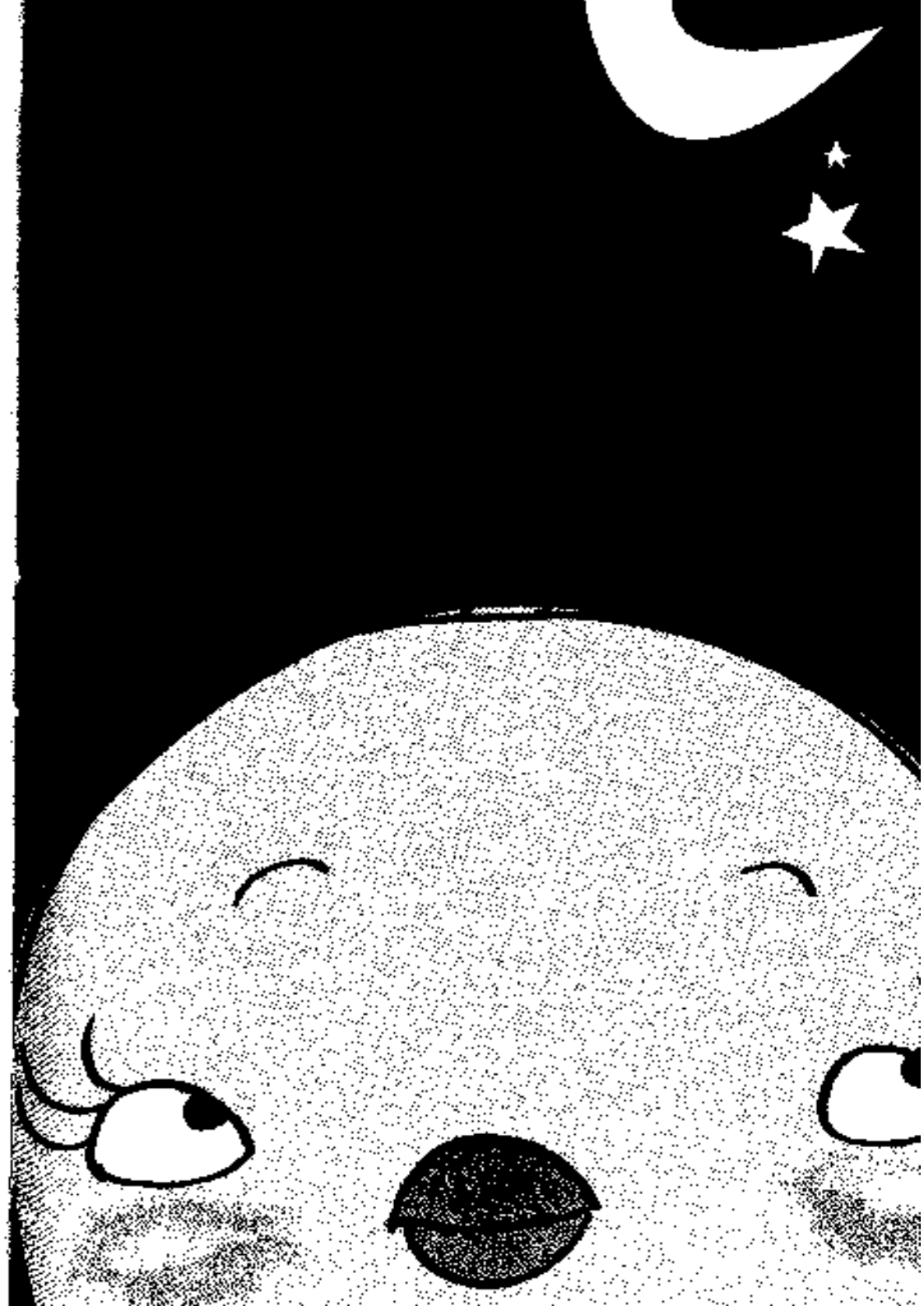
Martin Luther King (1929 - 1968): pastor y abogado de raza negra que luchó y pateó, siempre en forma pacífica, por los derechos de su gente en Estados Unidos, hasta que logró que estos fueran respetados. En uno de sus más famosos discursos, dijo: "Yo tengo un sueño... que los niños negros y blancos

jueguen juntos sobre esta tierra...". Lamentablemente, los tontos malos no faltan y, al igual que a Lincoln, un racista blanco lo asesinó de un balazo. Sin embargo, su esfuerzo no fue en vano y hoy los niños blancos y negros juegan juntos en casi todo el mundo.

Miguel Ángel Buonarroti (1475 - 1564): pintor y escultor, genio renacentista, caminaba al borde de la locura y muchas veces estuvo a punto de caer preso por sus "rarezas", como la de llevarse cadáveres para su casa y estudiar anatomía con ellos y así pintar y esculpir mejor. Lo salvó su buen amigo, el Papa Julio II, que no solo lo mantuvo económicamente, sino que también lo protegió de la Inquisición. Un amigo así es, realmente, un tesoro.

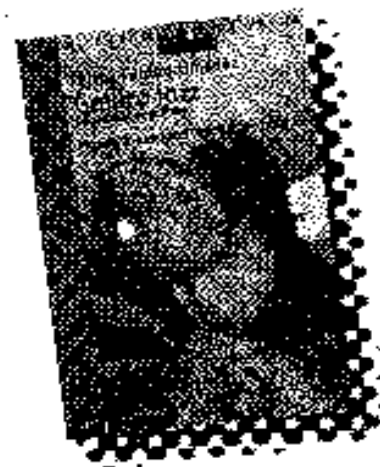
FIN

Pelusa 79



Serie Azul

Si te gustó *Una pollita bohemia*,
te invitamos a leer el siguiente libro:



Gallito Jazz

Gallito no quiere cantar para despertar al mundo como orgullosamente lo hace cada mañana Papá Gallo, quien pretende que su hijo siga con la tradición ancestral de su especie. Como buenos gallos, ambos son tozudos y no están dispuestos a ceder fácilmente, provocando un desbarajuste en la tranquila rutina del gallinero. Ambos, también, son valientes y fieros, pero ¿les bastará con eso para solucionar sus problemas?

Felipe Jordán Jiménez nació en Santiago en 1964. Es profesor de Lenguaje y en 2006 se adjudicó el primer premio del Concurso de Literatura Infantil *El Barco de Vapor*, realizado en Chile, con su obra *Gallito Jazz*. En Ediciones SM también ha publicado *El absurdo Oxi* y *La guerra del bosque*.

EL BARCO DE VAPOR